

tral. Dos estrenos acuciaban la curiosidad del público: la obra de un autor excelso,—venerable maestro de la escena—y un nuevo actor, Pablo de Torres, que tras de una vida absurda había logrado triunfar definitivamente.

Se esperaban cosas magníficas de la obra y de los intérpretes, y el público había agotado por completo las localidades del Teatro.

Lucía, la aplaudida actriz ya conocida del público, tendría motivo para lucir una vez más sus inimitables facultades, y el telón se levantó solemne entre murmullos cohibidos y siseos de expectación.

Era la obra un drama muy humano y los actores encarnaban a las mil maravillas sus papeles. Una mujer quería a un hombre, sentía por él una innegable simpatía. Hubiera sido cariño aquello si la mujer banal y frívola en el fondo, hubiera tenido un poco más de corazón, hubiera sabido desposarse de sus mezquinos egoísmos en aras de una pasión santa y noble.

Era el hombre un infatigable luchador y contaba con aquella pasión como acicate de su triunfo. Con sus honradas manos ofrecía a aquella mujer un porvenir de dicha a base de un trabajo asiduo, pero era empinada la cuesta, había abrojos en el camino, y la mujer - co-

barde en el fondo—espoleando la pasión del hombre honrado, no se atrevía a subir.

Era más fácil emprender la tortuosa vereda llena de bajezas, de vicios, de brillos superficiales y la mujer claudicaba, claudicaba, sumiendo en la desesperación al hombre que verdaderamente la amó.

Protagonistas en escena de sus propias vida, Lucía y Pablo habían tropezado con su obra: la representación era un acabado verismo, una copia fiel de la realidad.

Llegó la última escena; los celos, el furor, la desesperación sumen en la locura al infeliz amante que, ciego, impulsivo, criminal, hunde un cuchillo en el pecho de la mujer cruel que había destrozado su vida...

Y al levantarse solemnemente el telón entre la estruendosa aclamación del público, Lucía, inerte en medio de la escena, manchaba con su sangre sus blancas vestiduras: Pablo anonado, lelo, escuchaba con aire ensimismado de locura los vítores y aplausos por aquello que era su último triunfo.

Ilustración de P. Barragán.

INFANTES

TRASLADO DE LOS RESTOS DEL INMORTAL QUEVEDO



Caja que contieno los restos presentados sobre la mesa

Fot. A. Bustos.

Por iniciativa del Sr. Alcalde D. Santiago Navarro y Rodríguez y el señor cura párroco D. Eduardo Medina y Gutiérrez, el día 14 de Junio de 1920, se verificaron con toda solemnidad y pompa en la Iglesia parroquial de San Andrés, los funerales por el alma del inmortal escritor y poeta, gloria de la literatura española, Don Francisco de Quevedo y Villegas.

Los restos fueron depositados en la ermita del Calvario, (a la derecha del Santo Sepulcro), en una caja de madera forrada de veludillo negro con un galón de plata asistiendo al acto todas las autoridades, tanto civiles como militares y eclesiásticas y el pueblo en masa, colocando una lápida conmemorativa y terminando la ceremonia con un solemne responso.